

Alter

Monólogo interior

(En un sitio distante, en la más recóndita y obscura habitación, lejos, donde rara vez llega, solo, sin amigos, sin testigos, libre aun del amor propio, el habitante...)



ESTOS son los que J. X. llama «demenciales», los de la jerigonza moderna, vanguardista, ultraísta... ¿Cuántos nombres han tomado ya? Agotan el diccionario de sinónimos. Ahora, como si estuvieran cansados de renovarse, usan el término primitivo, se bautizan «la poesía nueva de Chile», hablan de «los más autorizados poetas jóvenes». No puede ser menos obscuro. Verdad que, cuando no están en trance, y quieren insultar, por ejemplo, se dirigen al público para que los entienda, saben hablar como todo el mundo y no los hay más vulgares y pedestres, más groseros y procaces. Aquí mismo, en este manifiesto, indiscutiblemente aluden a mí, me lanzan una piedra... (leyendo) «primer paso en nuestro embate tendiente a quebrar el desinterés y la apa-

tía en que bracean los escritores jóvenes, mirados con desdén por cierta capilla de consagrados y por cierta crítica resentida y malintencionada...». Estuviera yo siquiera en la capilla; pero no, estoy en «cierta crítica resentida»... ¡Canallas! ¿Cuántos son? Uno, dos, tres, cuatro, cinco... diez... quince... ¡veinte! Veinte poetas jóvenes. ¡Son muchos! Y yo no conozco sino... ¿a ver?... uno... otro... una mujer... otra... Cuatro. Nada más. Y sospecho que no son muy jóvenes... (riendo)... sobre todo, ellas... Hace tiempo que me mandan libros... naturalmente con dedicatoria... ¿Por qué no tendré espíritu de coleccionista? ¡Qué colección habría podido formar! Los libros dedicados, las dedicatorias de los poetas, de los novelistas, de los ensayistas; historia de la evolución de la dedicatoria en Chile durante... Pero las dedicatorias no significan nada, no comprometen a nada, si el crítico no las refrenda con un elogio: entonces, como un cheque cancelado, se pueden cobrar... De otra manera, impudicamente, niegan la firma, protestan la letra, no pagan, pegan... Pero no tengo colección, no me importan las dedicatorias, apenas tengo libros ¡y en un desorden! Me obsesionan, me invaden, ocupan toda la casa; a veces creo que odio los libros. ¡Después de haberlos querido tanto, de haberlos llamado con tanto empeño! Aquí están, sitiándome, ahogándome. Es indudable que todos estos poetas jóvenes me han mandado, a tiempo, su librito por lo menos con la firma y algún atentamente, o respetuosamente;

las mujeres suelen añadir cosas divertidas, hasta ingeniosas; una me decía «a don Fulano, con la mejor de mis sonrisas y el más grande de mis temores». Pero de ésa me acuerdo; en cambio, de éstos... ¡nada! Imposible. Estaré perdiendo la memoria con los años... Porque los he leído, los leo. Los que dicen que hablo de los libros sin leerlos mienten, dicen una tontería; por lo demás, yo mismo, por vanidad, la he echado a correr; lo hallo divertido; pero en realidad, los leo, trato de leerlos y entenderlos. Inútil. A veces creo hallar una vislumbre de lo que considero poesía, un poco de emoción, de vuelo, de sueño y de extravagancia; me gusta la extravagancia, el salir del camino trillado; pero hay una prueba de que no he entendido nada, de que no he traspasado la corteza y sólo he resbalado sobre la superficie; una terrible prueba: no puedo distinguirlos. ¿Cuál es A, cuál B, cuál C, cuál D? Los hallo a todos iguales, como a los negros, como a los chinos que se distinguen muy bien entre ellos, pero que a nosotros nos parecen chinos y negros, nada más. Me pasma, por eso, y me da cierta envidia cuando oigo a uno de ellos decir muy seriamente: «La intención filosófica y profunda de A, contrapuesta a la gracia espontánea, al fluir maravilloso de la sensibilidad de B y al gesto áspero, ácido...» ¿Pero dónde está todo eso? ¿Aquí, allá, en éste, en el otro? En el campo, los capataces distinguen a lo lejos un buey entre cien bueyes, una oveja entre mil y saben las cualidades de este caballo y del otro y no se

les confunden ni los terneros: a mí me resulta imposible imponerles nombre a los mayores animales, a los más sabios, a los más célebres... ni aun a los animales sagrados... Tengo que oír lo que dicen otros y repetirlo, variando un poco... por si acaso... A mí, desde adentro, no me sale nada, hallo que no existen, los veo como sombras en el vacío y se me figura que un simple soplo las aventaría. Son la juventud; están todos allá. Es decir que yo, que yo, que yo... estoy viejo, soy viejo... Un viejo. ¡Viejo! Bueno ¿y qué? También éstos con los años lo serán. Sí; pero se trata de ahora... Ahora, hoy. Ya ha llegado el momento; he cerrado las ventanas o «no las abro sino del lado de occidente». Esa es la verdad. No hay que pretender otra cosa. Aunque todo se hunda, siempre se puede salvar eso: ser uno mismo, decir la verdad, practicar la sinceridad; no forzarse ni esforzarse. Vamos a ver: estoy viejo. No entiendo la poesía nueva, no la siento, no me gusta, no distingo a los nuevos poetas unos de otros; veo la manada, no percibo al individuo. ¿Qué importancia tiene? El arte no es obligación, tarea, misión sagrada ni ninguna otra tontería. El arte es un modo de entretenerse y gozar. Una manera elevada de pasar el tiempo. No aspira a descubrir verdades objetivas, positivas, exteriores como la ciencia, cuyos resultados se suman y forman pirámide. Cada artista comienza desde el principio del mundo y sólo hereda la habilidad del procedimiento para adaptarse, para traducirse. El que alcanza cierta altu-

ra, ahí queda, por los siglos de los siglos. No desaparece, como los sabios, inventores y descubridores, a quienes otros sabios, inventores y descubridores reemplazan, ahogan y sepultan, y que sólo quedan en la Historia, aunque hayan sido inmensos. El artista, el poeta, el escritor grande, sigue siéndolo siempre. No envejece, no puede envejecer. Por lo tanto, tampoco puede ser joven, puesto que para que haya jóvenes es necesario que haya viejos. Tesis y antítesis. Los únicos artistas viejos son los que no existen, es decir, los mediocres, tontos e insignificantes. Y esos nacen así. No tienen remedio. Los jóvenes se pavonean mucho de ser jóvenes, lucen, ostentan, baten al aire, le meten a uno por las narices su juventud, la consideran un título de ellos, un privilegio inalienable que les pertenece y les pertenecerá, que los otros no han poseído nunca. ¡Pobres! No saben que todos los que llaman viejos, los que son efectivamente viejos, han pasado por ahí, han sido, se han creído jóvenes. La juventud es un plano inclinado, un terreno resbaladizo, una arena que se desmigaja minuto a minuto bajo los pies; una serie de monedas que se escurren de las manos. Nadie puede sujetarlas: se le vuelven de plomo. Estos jóvenes, ayer firmaron el manifiesto de la juventud. Hoy, ya son menos jóvenes que ayer. Mañana tendrán una reunión para hablar contra los viejos. Serán otro paso menos jóvenes que hoy, más viejos que ayer. Cada respiración los acerca a cuanto odian. ¡Desdichados! Están envenenando el aire que habrán de aspirar, la atmósfera sin la cual se

asfixiarían. Ya les llegará el momento. Basta sentarse en el umbral de la casa... En cambio los viejos, los que no se creen jóvenes, ni adulan a la juventud ni pretenden imitarla, los que han plantado su tienda sobre un terreno firme, el de la experiencia, el estudio, el saber y el observar, a éstos, cada día les aporta su tesoro, porque saben y comprenden más; por el solo hecho de existir se enriquecen y ganan; en vez de disminuir día a día, sus caudales aumentan, su radio se amplía, su posición se eleva, si no material, moralmente, intelectualmente. La verdad es que, después de considerarlo bien, no hay que temerles ni mirarlos con desvío o desdén: son jóvenes, es decir, les falta algo, necesitan algo. Y hacen lo que todos: intentan convertir su carencia en plenitud, tratan de presentar su vacío como un título. Es natural. Habrá, más bien, que compadecerlos, tenerles simpatía, incluso ayudarlos. Sí, ayudarlos a que nos ataquen, desconozcan y hieran. Estamos ocupando un sitio que les convendría tanto, que les gustaría tanto ocupar. ¡Después de todo... Sí, tienen razón. Los viejos somos un estorbo para los jóvenes! ¡Qué demora en morirse! ¡Hasta cuándo? En el fondo, es eso. Ganas de enterrarles el diente y comérselos. Los viejos lo poseen todo, hasta la juventud, puesto que la conocen, la tuvieron, la han disfrutado. ¡Qué más quieren? Existir. Pero, ¿hasta cuándo? Los sitios son pocos, los jóvenes muchos; si se añaden los viejos, allí instalados, no queda hueco para nadie. Debería haber una ley que los obligara a reti-

rarse. O morir. La vida pasa rápidamente y no es gracia recibir alimento cuando no se tienen dientes. Empleemos, pues, los que nos quedan, los que ahora tenemos, en luchar y morder, en abrirnos paso. Sí, tienen razón los jóvenes, hacen bien al llamarse y reunirse, al insultar a los viejos y calificarlos de resentidos, sobre todo, de mal intencionados. Dicen que están «construyendo los perfiles más duraderos y puros de la patria». Ilusión. O mentira. Nadie los toma ni los va a tomar en cuenta. Pero, bien hecho que lo digan, porque algunos cándidos lo creerán y podrán servirles. ¡Pobres jóvenes! Cada día menos, cada día menos... Se comprende su angustia. Ayer les llegaba el agua a la rodilla, hoy la tienen a la cintura, mañana estarán sumergidos hasta el cuello. Unas cuantas horas y, claro, gritan, bracean desesperadamente. Ver a los otros, los viejos, tranquilos, sentados a la orilla en cómodos asientos. Y ellos, braceando.

(Se oye al fondo de la habitación oscura, ruido de libros que caen al suelo y, monótono, isócrono, apacible, musical, un rumor de ronquidos de un hombre que duerme).

San Luis de Peñalolén, agosto de 1948.